El derrumbe del sujeto en la posmodernidad. Un comentario psicoanalítico a la película *El club de la pelea* (Fight club, U.S.A., 1999) de David Fincher*

Juan Vives R.

En la posmodernidad, las estructuras tradicionales del mundo del progreso han caído estrepitosamente; la revolución industrial ha desembocado en un completo fracaso, el logro del éxito no ha promovido el bienestar entre los seres humanos y la religión ha dejado de ser trascendente, de ahí el postulado nietzschiano de que "Dios ha muerto". La religiosidad, lejos de ser un bálsamo para el sufrimiento, se ha convertido en el peor enemigo de la libertad del pensamiento. La creencia en las virtudes de la educación y en los avances de la ciencia también han caído por tierra, así como la fe en las utopías sociales, tanto las de corte comunista como las basadas en el liberalismo capitalista. La sociedad del bienestar, ejemplificada por una sociedad consumista como la que aparece en *El club de la pelea* (**Fight club**, U.S.A., 1999), ha desembocado en la total enajenación del hombre moderno y en su destrucción como individuo. De ahí se alimenta el fenómeno de la enajenante anomia social -como lo demuestra nuestro protagonista que no es nadie, no tiene nombre: es sólo una voz que nos narra su paulatina destrucción.

De la misma forma, la posmodernidad contempla la caída de los ideales éticos y estéticos postulados por la modernidad: el mundo ha desembocado en una apología de la destrucción y de la conducta antisocial como nuevo paradigma, la crueldad como forma de relación con el otro, el nihilismo extremo y frecuentemente suicida; finalmente, se ha rendido en una suerte de exaltación del fracaso como fruto de la desesperación ante la inevitabilidad de la muerte.

---

* Presentado en el ciclo de cine debate organizado por AMPAG: *Secuelas del posmodernismo* que se llevó a cabo en junio de 2009

El club de la pelea nos muestra al hombre vencido por el consumismo, abatido y sin esperanza, insomne hasta el delirio. Se nos proclama una perspectiva en la que el hombre se define por lo que tiene, por la marca de los artículos que compra y usa. De hecho, él mismo se ha transformado en un artículo para ser usado y, por supuesto, desechable. Incluso la identidad de las personas está dada por el afuera, por las señales que dejan en la piel el tipo de artículos consumidos.

La voz *en off* del protagonista (Edward Norton), un clásico anti-héroe, nos informa de un sujeto cualquiera, anónimo; se trata de un narrador sin nombre, de un hombre víctima de una sociedad que gira alrededor del consumismo, en una existencia clasificada como síndrome del condominio (*the condo life*). Sin embargo, hay ocasiones en las que ni siquiera se trata de un sujeto, como cuando se nos muestran referencias al intestino de Jack que está triste y otros objetos parciales por el estilo.

Aprovechando la circunstancia de que el narrador trabaja en una compañía de seguros, nos hacen saber con una frialdad de hielo respecto de la enorme cuota de accidentes que la sociedad paga en aras de los imperativos de la modernidad, como tributo al dios tiempo y al dios prestigio. De hecho, la vida humana ha ido derivando en una vertiginosa espiral descendente hasta ser transformada en una categoría secundaria y muy inferior en importancia al mercado, el dinero y los bienes materiales. No importan los asesinatos cotidianos, el crimen y la pobreza, lo relevante son las revistas que nos informan sobre las celebridades y poder gozar de un sistema televisivo con 500 canales a nuestra disposición. Esta es la tesis central que denuncia el posmodernismo, ya que las posesiones acaban por poseerte. El hombre ha quedado muy por detrás del valor concedido a las grandes corporaciones, a IBM, Microsoft, Starbucks y demás multinacionales, verdaderas artífices de nuestra ideología contemporánea. La reiterada movilidad del protagonista, siempre durmiendo en hoteles de tránsito, viajando continuamente, comiendo en lugares anónimos, es una de las metáforas que utiliza el cineasta para acercarnos al problema de la posmodernidad.

Este tipo de vida enajenada y pese a estar rodeada de aparentes satisfactores materiales, produce la profunda sensación de un gran vacío, desesperanza y pérdida del sentido de la existencia, lo que desemboca en una severa depresión crónica en constante incremento y caracterizada por un insomnio pertinaz e ingobernable. Ante la desesperación ocasionada por la sensación de vaciedad e intrascendencia, el protagonista recurre a los grupos de autoayuda. Pero se trata de una impostura más, de otra forma nueva de enajenación -aunque con la ilusión de poder contactarse con los sentimientos que dichos grupos catárticos propician. Es obvio que el sujeto requiere de ayuda, pero ésta es muy distinta de la que ofrecen esos grupos basados en el fácil y cómodo *I'm O.K., you're O.K.* Asistir a grupos de enfermos frecuentemente desahuciados, con enfermedades terminales, no es casual, ya que el padecimiento de nuestro protagonista también tiene que ver con una "enfermedad" mortal, dado que a fuerza de vivir centrado en el consumo y en el intento de adquirir valía y autorrespeto a través de las marcas de moda, lo que ha sucedido es que ha aniquilado su propia vida.

Tampoco es casual que el primer grupo que nos muestran es el de pacientes que han sufrido una castración en virtud de haber padecido de cáncer testicular. Muy oportunamente nos muestran a uno de ellos, Bob, antiguamente fisicoculturista, que se nos presenta como un paciente castrado en el que el proceso de tratamiento ha culminado con la feminización del sujeto -una eventualidad que envidiaría el mismísimo Schreber. Ante este hombre-madre de grandes tetas, el protagonista puede, finalmente, dar salida a un triste llanto infinito, al dolor que lleva a cuestas desde hace muchos años. A partir de entonces los seres más destrozados de la sociedad son lo que le brindan la oportunidad de sentir su tristeza, su infinito desamparo en una ciudad en la que no es nadie, en la que no le importa a nadie, en la que sólo ha sido relevante su sala sueca de diseño, su ropa de marca, su efímera e insustancial opulencia. Sólo la compañía de los tuberculosos, de los aquejados con cánceres de piel y melanomas, de los alcohólicos anónimos, los enfermos del riñón, los que tienen linfomas, daño cerebral, parásitos o cáncer de colon, le proporcionan la posibilidad de sentir.

Aprende a conectarse con la fantasía de la caverna y a dejarse ir, aflojando los músculos y atreviéndose a permitir un transcurso más liviano de la vida. Desde entonces pudo conciliar el sueño.

En el mundo que se nos muestra no tiene cabida la mujer[1]. Empero, en el mero inicio de la película se nos advierte que todo: las bombas, la revolución, la destrucción, tienen que ver con una mujer. Esa mujer es Marla Singer (Helena Bonham Carter), un grotesco ejemplar, también destrozada por el sistema y fumadora compulsiva, quien le regatea los espacios que había encontrado en los grupos de autoayuda, al extremo de presentarse en un grupo de hombres que habían perdido los testículos en función de sus respectivos tumores. La obvia impostura de una mujer en ese grupo de hombres le hace acordarse de su propia impostura -ya que él no tiene ninguno de esos padecimientos terminales- y, consecuentemente, deja de beneficiarse de dichas incursiones.

Marla significa la posibilidad de la heterosexualidad, pero la relación queda en pura sexualidad en bruto, sin afectos ni compromiso, en una forma ajena a la psicosexualidad del hombre evolucionado hasta la genitalidad y la intimidad. La necesidad de que los afectos no se pongan en juego es una de las reglas para acceder a coitos tan salvajes como deshumanizados, relaciones que culminan en un intento de suicidio. Es interesante el coqueteo del protagonista en relación a salvar o dejar morir a Marla; de hecho, su rescate es casi una casualidad no buscada.

De manera completamente circunstancial, en el curso de uno de sus múltiples viajes de trabajo, el protagonista y narrador se encuentra con Tyler Durden (Brad Pitt), hombre anárquico por excelencia, vendedor de jabón, proyectista irreverente en una sala cinematográfica y mesero circunstancial que se orina en la sopa de sus comensales, quien se opone a una vida consistente en hacer trabajos odiosos para comprar artículos innecesarios. Tyler es quien le

---

1 1 Figueroa, J.G.(2009): ¡Eso de jugar a ser hombre… es algo que a veces duele!, en Tawil-Klein, R. (comp.): **Masculinidad. Una mirada desde el Psicoanálisis**, Ed. Universum, México, pp. 1-25

propone la recuperación de su sentido de la vida a partir del dolor corporal: de ahí la necesidad de crear el club de la pelea. Ante una sociedad caduca no queda más salida que la violencia, empezando con la destrucción del propio departamento del protagonista, paradigma de la modernidad.

El dolor, que es lo más primigenio de la experiencia humana y lo más primario como mecanismo biológico de sobrevivencia, ahora es la forma de rescatar la posibilidad de sentirse sujeto, de des-enajenarse; a través del dolor hay una gradual recuperación de los límites yóicos, una recuperación del propio Yo como centro vivencial de la personalidad, del Yo como fachada oficial del sujeto. La pelea con el otro es lo que puede devolverles la noción de un cuerpo propio a través de la recuperación de sus límites a partir del dolor. A su vez, el dolor, con su derrama de adrenalina y endorfinas cerebrales, es lo que promueve la recuperación de la identidad perdida. No creo que sea casual que las imágenes que nos proporcionan junto con los créditos al comienzo de la película tienen que ver con estructuras y circuitos cerebrales, entidades por las que muy probablemente circulan grandes dosis de endorfinas.

La creación del club de la pelea favorece que muchos de los individuos desplazados por la enajenación de la modernidad puedan vivir esa suerte de renacimiento del Yo corporal: golpearse, tocarse aunque sea para hacerse daño, volver a libidinizar la relación con el otro, sentir el cuerpo propio y el ajeno que, más allá de las pulsiones homosexuales gratificadas[2], se vive en aras de recuperar la dignidad de seres humanos. Esos hombres, perdidos en una sociedad a la que no entienden pero que los cosifica, han encontrado -finalmente- una puerta que les devuelve el cuerpo, las sensaciones y la posibilidad de volver a experimentar emociones, afectos, sentimientos.

De esta forma, el club de la pelea se convierte en una nueva modalidad de grupo de autoayuda, con sus propias reglas y objetivos, reglamentando peleas a

[2] 2 Incluso el autor se permite incluir una clara escena de celos homosexuales que culminan con la disfiguración del bello rostro de *Angelface* al que Tyler privilegiaba en sus preferencias -que no deja de insertarse en la nueva ideología cuando justifica sus celos diciendo: “quería destruir algo hermoso”..

puño limpio hasta que uno de los participantes dice ¡basta! Este club está regido por ocho ordenanzas:

1. No hablar del club de la pelea.
2. Que ningún socio hable del club de la pelea.
3. Si alguien dice basta, flaquea o desfallece, el combate se acaba.
4. Sólo luchan dos hombres.
5. Sólo habrá una pelea cada vez.
6. Ni camisas, ni zapatos.
7. Las peleas durarán el tiempo que sea necesario.
8. Si ésta es tu primera noche en el club de la pelea, tienes que pelear.

Lo que empieza siendo una necesidad personal del protagonista, pronto encuentra a seres igualmente enajenados y necesitados de recuperar un sentido para la vida, aunque sea a golpes y propinándose unos a los otros una buena dosis de dolor corporal. Obviamente, lo que comienza siendo un club de la pelea pronto desemboca en una suerte de organización, primero en la ciudad, luego en el país entero, hasta estructurarse como un proyecto nacional. La expansión de este movimiento converge luego en el nacimiento de un proyecto de revolución mundial -el llamado *Proyecto Mayhem*, aunque traducido como *Proyecto Caos*. Se trata de un cuestionamiento frontal de la sociedad actual, movimiento que se concreta a través del anti-consumismo y de la destrucción de todos los valores, promoviendo una conducta antisocial, el anarquismo y la actividad contestataria llevada hasta su extremo polar. La casona semiderruida en la que habita el protagonista y su doble en esta faceta de su vida, verdadera antípoda de la que anteriormente habitaba, es más que demostrativa de esta nueva filosofía de vida.

La nueva organización denominada *Proyecto Mayhem*, también se rige por unas reglas:

1. No se hacen preguntas.
2. No hay excusas.
3. No se miente.
4. Tienes que confiar en Tyler.

Circunstancialmente, en *El club de la pelea* asistimos a una disociación de la personalidad del narrador quien nos muestra una parte conformista, enajenada y consumista, que ha perdido su identidad y su energía libidinal y vital, y otra parte que protesta, contestataria, que piensa en un proceso de cambio radical, tanto a nivel privado -como se esquematiza en los pequeños grupos de esas mini-sociedades *underground*, que se reúnen en sótanos inhóspitos y que son los clubs de la pelea- como en el nivel macrosocial, gracias a una actividad concertada y planificada. No importa si se trata de un sujeto disociado o de dos individuos que se complementan, lo que hay que destacar es que la metáfora sirve para destacar la enajenación del sujeto consigo mismo, la pérdida de la sensación de individualidad, la inutilidad del Yo oficial consumista y sumiso, el conflicto irresoluble entre el que se somete a la autoridad de la *cultura condo* del consumista y el verdadero *self* siempre existente por mucho que se le haya ahogado en marcas y franquicias de moda.

El conflicto no tiene solución dado que, sin que nadie advierta que se está repitiendo aquello de lo que se huye, se va conformando una suerte de ejército de vasallos o esclavos, prácticamente incondicionales. Una de sus características más salientes es que carecen de nombre: la compulsión repetitiva hace que, de nueva cuenta, aquellos sujetos que se habían propuesto terminar con la anomia en la que desembocan los sistemas actuales -capitalista o comunista, da lo mismo- caen en aquello que tan alto costo significó para la humanidad: la pérdida del sujeto, de la identidad en aras de una masa amorfa cuyo único mandato es consumir, comprar, tener crédito para adquirir supuestos satisfactores que nunca acaban de gratificar nada. En el *nuevo orden*, los vasallos sólo recuperan el nombre cuando han muerto, como ocurrió con aquel hombre-madre de grandes

pechos llamado Robert (Bob) Paulson. Por ello la película termina con la necesidad de suicidio del protagonista para deshacerse del Tyler que lleva dentro, mientras se derrumba su mundo circundante -en un intento de escape final hacia la locura total y la multifragmentación del Yo.

De esta forma vemos como el proyecto posmoderno -el *Proyecto Mayhem* de *El club de la pelea*- sólo puede ser pensado en las antípodas del progreso: en vez de un crecimiento ilusamente ilimitado, se opta por la destrucción de la estructura social que ha llevado al ser humano a su propia deshumanización y al desesperante vacío existencial. Dicha destrucción de un sistema ya inoperante se simboliza en la demolición del sistema capitalista, en la devastación concreta de doce edificios, los símbolos sociales del neo-capitalismo salvaje, ejemplificada centralmente por las instituciones de crédito, que son las que han hecho posible y han permitido una vida de ficción, con un dinero de ficción, desde una burbuja de falsa economía -que, andando el tiempo, las actuales circunstancias críticas se han encargado, lamentablemente, de demostrar en toda su monstruosidad, dejándonos sentir de manera más que directa sus dolorosas consecuencias. Nuestra tambaleante estructura social, basada en una ficción socio-económica, en una burbuja financiera virtual e irreal, son las configuraciones que esta política aparentemente anarquista de Tyler Durden trata de dinamitar. Hay que destruir la actual estructura social en su totalidad con el fin de poder construir, quizás, algo mejor -parecerían decirnos Chuck Palahniuk -el escritor- y David Fincher.

De esta manera nos vemos confrontados con una suerte de filosofía de la destrucción, aunque distinta de aquel anarquismo ideado por Bakunin y sus seguidores, dado que no sólo está basada en una conducta antisocial, sino que conlleva a una suerte de afán hacia la crueldad, a una estética de la fealdad y el nihilismo y hacia la exaltación del fracaso como nuevo paradigma social. No es casual que las bombas de nitroglicerina y dinamita que fabrican estén basadas en los desechos de la sociedad del hartazgo; es decir, en la grasa extraída en las operaciones de liposucción. Son los propios desechos de la sociedad de la abundancia, del hartazgo, los utilizados para dinamitar esa estructura social.

Pero como bien sabemos, los sistemas que pretenden situarse en el extremo polar de aquello que combaten encarnizadamente, a la larga acaban desembocando en la antípoda de la que partieron. Al final, tan enajenados están los soldados del revolucionario *Proyecto Mayhem*, como los *white collars* a los que tan empecinadamente combaten. Así como el sistema consumista está muy lejos de poder ser identificado como un prototipo de la pulsión de vida, dado que en él el ser humano acaba deshumanizándose, tampoco el ideario destructivo del *Proyecto Mayhem* es el representante de la pulsión de muerte, ya que la fantasías que sustentan la destructividad apuntan hacia la perspectiva de una nueva vida pensada desde parámetros diametralmente diferentes de los que regían durante la modernidad.

La terminación del siglo XX con la demolición del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 y los comienzos del siglo XXI con la demolición de las Torres Gemelas el 11 de septiembre del 2001, igual que la necesidad de dinamitar las doce estructuras representativas de la burbuja financiera especulativa y las instituciones de crédito que menciona *El club de la pelea*, nos han hecho ver con claridad la necesidad de nuevas fórmulas de convivencia social. La demostración de la caducidad de los regímenes comunistas del mundo, que tergiversaron las ideas de Marx y Engels -siempre perfectibles- traicionando la bondad de sus intenciones, y de los regímenes capitalistas o neo-liberales que distorsionaron gravemente las ideas de Adam Smith y John M. Keynes -siempre perfectibles- ha dejado al mundo posmoderno huérfano de ideologías, carente de utopías a las que aferrarse para erigir un sistema social de mayor justicia y equidad. La pretensión marxista de igualdad radical sabemos que es imposible, al menos aquellos que siguiendo a Freud las entendemos como simples formaciones reactivas ante los celos y la envidia universales. De la misma forma, la pretensión de bienestar universal postulada por el capitalismo es igualmente ilusoria e irrealizable, ya que las tentaciones tanto filicidas como parricidas son también universales -al menos no podemos llegar a otra conclusión aquellos que hemos hecho lecturas más o menos atentas de **Tótem y tabú**.

El club de la pelea es una película basada íntegramente en el libro del mismo nombre que Chuck Palahniuk publicara en 1996. Libro inmediatamente premiado por la crítica de 1997 Premio de la Pacific Northwest Booksellers Association, y el Premio a la mejor novela Oregon Book del mismo año. Dada su explosiva temática, de inmediato fue elegida por David Fincher para llevarla a la pantalla, lo que realizó en 1999. Pese a que la película no fue un éxito de taquilla, pronto se convirtió en cine de culto y, andando el tiempo, se formaron en la sociedad norteamericana algunos clubs del mismo tipo basado en peleas, se repitieron las bromas de Tyler de ensuciar la comida de elegantes restaurantes, y ciertos críticos acusaron a la película de promover conductas antisociales entre la población.

Pero más allá de estos detalles, más bien anecdóticos, *El club de la pelea*, como antes sucedió con **Un mundo feliz** de Aldous Huxley y **1984** de George Orwell, nos habla de la desilusión del hombre en relación a las inoperantes ideologías que sostienen los sistemas sociales vigentes y sobre la necesidad de nuevas utopías. El vacío ideológico actual, generador de desesperanza, de la generación X y de la caída en un vacío existencial como nunca antes había ocurrido y que en ocasiones coquetea con el suicidio -tanto individual como colectivo- , habla a las claras de una urgente necesidad de la humanidad por nuevas formas de organización social, de la necesidad de recuperar el valor "*ser humano"* como fundamento de cualquier forma de ideología posible. Lamentablemente, aún no vislumbramos ningún tipo de nuevo humanismo acorde con el mundo que nos ha tocado vivir.

Filmografía

Fincher, David: El Club de la pelea (**Fight club**, U.S.A., 1999). Con Brad Pitt, Edward Norton, Helena Bonham Carter.